

Simon Edmondson

METTA. VILLANUEVA, 36. MADRID. HASTA EL 31 DE JULIO. DE 1.500 A 15.000 EUROS

EL pintor R. B. Kitaj inventó el término "Escuela de Londres" en 1976 para nombrar a los artistas británicos incluidos en la exposición colectiva *The Human Clay* en la Hayward Gallery, entre los cuales destacaban Francis Bacon, Lucian Freud, Frank Auerbach y Leon Kossoff. Más allá de las diferencias de estilo y de talento personal entre aquellos pintores, la etiqueta vindicaba su común fidelidad a la pintura figurativa en una época dominada por la abstracción, la fascinación compartida por "la arcilla humana" como materia del arte. Simon Edmondson, nacido en Londres en 1955 e instalado en Madrid desde hace algunos años, pertenece a otra generación y sigue su propio camino, pero ha heredado de aquella supuesta "Escuela de Londres" la pasión por la figura humana (a la que siempre vuelve, aunque a veces se aleje de ella aparentemente) concebida con intensidad, con desgarramiento expresionista. Los cuadros reunidos ahora, menos realistas que las arquitecturas monumentales de sus últimas exposiciones, hablan del poder y la violencia. Algunos de ellos, los de formato mayor, se basan en la imagen de un consejo de ministros, un tribunal o un cónclave, una de esas asambleas de varones excelentísimos que deciden la suerte de la humanidad. Sus fi-

guras borrosas, sacadas de viejas fotografías de prensa, tienen aire de fantasmas convocados en una sesión espiritista. Ante ellos, unas siluetas de cuerpos humanos en posturas forzadas y pintados con una materia más palpable evocan el mundo de las víctimas: seres esclavizados y torturados. Esas sombras, como extraídas del "Inferno" de Dante, son la otra cara de lo que los dignatarios representan pomposamente; denuncian la presencia del caos en el teatro del orden.

La misma dialéctica, pero sin figuras, se plasma en otras piezas de la exposición, en esos interiores devastados, invadidos por los escombros, que Edmondson pinta al óleo sobre papei, un medio que domina con una increíble energía y sutileza al mismo tiempo. Son especímenes de una "pintura trágica"; trágica no sólo por las escenas que evoca, sino por la vehemencia sombría con que están pintadas, trágica como la pintura del último Tiziano, la de Rembrandt o la de Goya. La violencia emana de la factura y el color. Por ejemplo, de ese color rojo que crea toda la atmósfera del cuadro *Tren Hospital* o que con su "ostinato" determina los lienzos con el cónclave cardenalicio, como *Sabbath* o *Tregua*.

GUILLERMO SOLANA

THREE FIGURES, 2002. ÓLEO SOBRE LIENZO, 130,5 X 195

